



Meyibó

REVISTA DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

AÑO 3, NÚM. 5, ENERO-JUNIO DE 2012



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California, México



EL ROSTRO SOCIAL DE LA MUJER DE FRONTERA. UN RECORRIDO POR EL PASADO FEMENINO SONORENSE EN EL SIGLO XIX

Rosario Margarita Vásquez Montañó
Universidad de Sonora

Fecha de recepción: enero de 2012
Aceptación: mayo de 2012

RESUMEN

Los estudios sobre la mujer han tenido como principal objetivo reconocer que tuvo un lugar como integrante de la sociedad y comprobar que sus relaciones con los demás son construcciones histórico-culturales. El presente texto tiene como propósito realizar un acercamiento al contexto social de Sonora desde una perspectiva femenina, es decir, desde la experiencia de las mujeres como receptoras, partícipes e integrantes de los procesos sociales del medio que habitan. En esta propuesta utilizo el concepto mujer de frontera como categoría de análisis que permita comprender las particularidades de las mujeres del norte de México. En este sentido, la frontera puede ser vista desde diferentes ángulos. En nuestro caso, desde una perspectiva cultural, que permita comprender la relación asimétrica de los grupos integrantes de una sociedad compleja, donde la frontera territorial se diluye.

Palabras clave: mujer de frontera, Sonora, México, siglo XIX.



*Cada hombre es una novela;
cada mujer un enigma incomprensible;
cada casa una ciudad; cada ciudad un mundo entero,
y el hombre y la mujer unos locos llenos de miseria y de pasiones.
Sin embargo, del hombre, de la mujer, de la casa y
de este grano de mostaza en que habitamos, se pueden
sacar lindas historias y contarse sorprendentes maravillas.*

Manuel Payno

LA VISIBILIDAD DE LA MUJER EN UNA SOCIEDAD DE FRONTERA

En el ejercicio de retratar los diversos rostros sociales de la historia, es parte esencial el rescate histórico de la presencia de la mujer. Dicho rescate ha sido un proceso lento, difícil y progresivo que ha llevado al conocimiento del pasado a un ámbito más complejo y aglutinador de actores y acontecimientos propios de cada región. A partir de una revisión historiográfica es posible ubicar dos planteamientos importantes: la *presencia* y *ausencia* de las mujeres en los diferentes procesos históricos, los cuales sirven como reflexión en torno a las investigaciones que tienen como objeto de estudio a la mujer y las relaciones de género, esenciales al momento de explorar los escenarios sobre la participación de la mujer sonoreNSE o de frontera en el ámbito público y privado.

Los estudios sobre la mujer han tenido como principal objetivo reconocer que tuvo un lugar como integrante de una sociedad y comprobar que sus relaciones con los demás sujetos son construcciones histórico-culturales.¹ En las últimas décadas se ha logrado llenar el vacío que la escritura convencional de la historia ha creado en torno a los actores “secundarios”, a partir de temáticas diversas como son el comportamiento social, la

¹ Fernández, *et al.*, “Debates”, 2006, p. 12.





criminalidad y las relaciones entre géneros; de esta manera se ha logrado la desmitificación de ciertos estereotipos relacionados con el pasado femenino.²

Estas nuevas interpretaciones han roto con la mirada que ve a la mujer como un ente pasivo en los diversos procesos históricos, al dilucidar que, de distintas maneras, las mujeres estuvieron presentes en acontecimientos de índole política, económica y sociocultural ocurridos en las principales gestas y movimientos sociales de los siglos XIX y XX. Su participación es considerada trascendente en el sentido amplio de su actuación, gracias a los diversos roles que desempeñó, y esto significó un rompimiento con las estructuras que supeditaban la condición de su género.

Utilizar el género en el análisis histórico permite explicar las relaciones sociales y de poder sustentadas en las diferencias entre los sexos³ y así descubrir particularidades esenciales en contextos socioculturales en la historia. En toda sociedad, apunta Gisela Bock, encontramos “los espacios, las conductas y las actividades basadas en el género”,⁴ sin embargo, las expresiones del género no son idénticas en todas las sociedades, por ello los procesos históricos son fundamentales, ya que la complejidad que adquieren se sustenta en las “explicaciones significativas”⁵ que se desarrollan a partir de un espacio y tiempo determinados donde influyen factores diversos.⁶

² *Ibid.*, p. 15.

³ Scott, “Género”, 2008, p. 66.

⁴ Bock, “Historia”, 2005, p. 346.

⁵ Scott, “Género”, 2008, p. 65.

⁶ La intención es precisar que en el análisis histórico de una sociedad, el género se encuentra presente con sus relaciones y diferenciaciones de poder. Pero es parte fundamental del quehacer histórico evidenciar que las sociedades comparten rasgos generales con otras, propiciadas por la cultura occidental; pero que también conservan características y particularidades que conforman su identidad, como en el caso de las sociedades de frontera, en las cuales es imposible no concebir o separar a la mujer, como sujeto social, dentro de la misma.





El presente texto tiene como propósito realizar un acercamiento al contexto social sonorenses desde una perspectiva femenina, es decir, desde la experiencia de las mujeres como receptoras, partícipes e integrantes de los procesos sociales del medio que habitan. En esta propuesta utilizo el concepto *mujer de frontera* como categoría de análisis que nos permita comprender las particularidades de las mujeres del norte de México.

El preámbulo que estamos proponiendo tiene una temporalidad que se traslada hasta principios del siglo XIX, en el entendido de que las pautas, concepciones del mundo, mentalidades y la cultura misma transcurren en un tiempo histórico especial y se trasladan a una velocidad lenta,⁷ donde hay continuidades, contradicciones, rupturas y cambios a simple vista tangenciales. Estos elementos de la sociedad sonorenses y de frontera nos permiten comprender, en gran medida, la situación de la mujer en procesos amplios y de rompimiento social.

La frontera puede ser vista desde diferentes ángulos. En nuestro caso, se la toma desde una perspectiva cultural, lo que nos permite comprender la relación asimétrica de los grupos integrantes de una sociedad compleja donde la frontera territorial se diluye para dar paso a un intercambio de hábitos y prácticas culturales y simbólicas en el que la población fronteriza, con su equivalente estadounidense, tiende a adaptarlas a su bagaje cultural, o en su caso a resistir mediante mecanismos de autodefensa. Así, François Xavier Guerra agrega que con el desarrollo del norte durante el porfiriato

⁷ Es el tiempo de la “larga duración” del que Fernand Braudel nos habla y propone. Los procesos culturales tienen estas características, en donde los cambios y las continuidades son casi imperceptibles ya que ocurren en largos periodos de conformación, adaptación y asimilación del espacio por parte de los grupos sociales. Fernand Braudel, “La larga duración” en *Revista Académica de Relaciones Internacionales* [en línea], Universidad Autónoma de Madrid, núm. 5, noviembre, 2006, (Fecha de consulta: 6 de septiembre de 2011) URL: <http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/index.php?journal=Relaciones_Internacionales&page=issue&op=view&path%5B%5D=5>



se anuncia una nueva distribución del espacio en función del diseño de las vías y sus destinos: las zonas mineras de la frontera con Estados Unidos. Este desarrollo trajo consecuencias de todo tipo: migraciones considerables hacia las regiones adonde llegaba el ferrocarril y hacia Estados Unidos, crecimiento de antiguas ciudades ahora intercomunicadas y surgimiento de nuevos centros urbanos que crecen aceleradamente, cambio de mentalidades, modos de vida y comportamientos políticos.⁸

Quienes han escrito sobre el norte mexicano han intentado homologar ciertas características que permiten identificar cultural y socialmente a esta vasta región. Para el ámbito sonorenses autores como Barry Carr, François Xavier Guerra y Miguel Tinker Salas, entre otros, han desarrollado diversos esquemas explicativos en los cuales plasman los rasgos de esta sociedad nortea en particular, para vincularlos a fenómenos sociales más amplios como es el caso de la Revolución mexicana.⁹

Barry Carr –en un texto polémico– menciona la importancia de considerar la herencia transmitida por la época colonial y el siglo XIX en la búsqueda de la identidad de las sociedades nortea. Para el caso de Sonora define a su sociedad como xenófoba, anticlerical, nacionalista y oportunista.¹⁰ François X. Guerra a su vez, propone “un norte mexicano singular” que hay que estudiar para concebir el origen de los levantamientos revolucionarios a principios de siglo;¹¹ y Tinker Salas nos habla de una cultura fronteriza “compartida por diversos grupos de individuos en la que [...] coexisten el conflicto y la

⁸ Guerra, “Territorio”, 1983, p. 35.

⁹ Se utilizaron como base a estos tres autores ya que tienen gran relación con los fines de esta investigación. Sin embargo, es importante señalar que existen otros historiadores a nivel local y nacional que, en mayor o menor medida, han realizado trabajos relacionados con la frontera y el norte mexicano.

¹⁰ Carr, “Peculiaridades”, 1973, p. 321.

¹¹ Guerra, “Territorio” 1983, p. 34.



convergencia”¹², en una compleja red de interrelaciones sociales y culturales en las que todos los individuos (incluidas las mujeres) están inmersos.

Desde su periodo formativo hasta las transformaciones económicas y sociales que se desarrollaron en las últimas décadas del siglo XIX, la sociedad de frontera sonorenses experimentó la configuración de su propia identidad con base en el *self made man*,¹³ —como gustaban decir las elites— mediada por variados elementos del contexto que son indispensables enunciar y analizar desde la expectativa femenina, como ya hemos apuntado.

SUPERVIVENCIA, TERRITORIO Y SOCIEDAD

Tinker Salas señala que “la vigorosa imagen de los norteros independientes y rebeldes tuvo su fundamento en las primeras experiencias del estado como frontera interna”.¹⁴ Indudablemente, la vida en el septentrión debió ser rigurosa y difícil para los primeros pobladores españoles, al tener que adaptarse y reconfigurar modos de vida a causa de las peculiaridades de la región. Variados son los relatos de los viajeros que pisaron tierras sonorenses a lo largo del siglo XIX y algo que caracteriza su narrativa es la forma en la que definieron las condiciones del territorio, además de las hostilidades con las tribus indígenas alzadas, dejando de manifiesto la labor de los pobladores para adaptarse y salvaguardar bienes y su propia vida:

¹² Tinker, *Sombra*, 2010, p. 24.

¹³ Término acuñado por los notables sonorenses a fines del siglo XIX para autodefinirse como parte de una sociedad que supo culturalmente domeñar un medio físico y social adverso (hostil o de grandes retos). Es decir, revaloraban las acciones y planes que les permitieron, en un largo plazo, transformar y dominar un territorio semidesértico, aislado y con presencia de etnias locales en permanente acecho o rebelión, como sería el caso de apaches, yaquis y seris. Ver Carr, “Peculiaridades, 1973 e Iberri, “Viejo”, 1982.

¹⁴ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 17.



Lo que vuelve la historia de Sonora a tal extremo trágica, es que sus pobladores habían nacido ahí y amaban su estado. En los grandes desiertos de Estados Unidos el emigrante, el cazador y los buscadores de minas arriesgaban su vida por el instinto de aventura que los impulsaba hacia el oeste desconocido. En Sonora el campesino moría asesinado en sus propias tierras al tratar de salvar las últimas reses o la última cosecha.¹⁵

Las mujeres que acompañaron a los colonizadores de estos territorios se vieron obligadas a encarar los desafíos que la frontera les deparó. Entre otros retos estaban el clima, un territorio agreste y hasta salvaje, aunado a una constante escasez de alimentos y agua, factores que en buena medida contribuyeron a que la mujer jugara variados roles en la sociedad. Es interesante el análisis que realiza el investigador Jorge Chávez sobre la posición del símbolo de mujer nortea en la caracterización de las culturas regionales. En su estudio señala como la mujer en el norte no estuvo exenta de la dualidad producida por el choque de dos culturas en encuentro y en resistencia. Dicha dualidad se refleja en los dos símbolos femeninos que lograron definir a esta mujer del norte: la bárbara, vinculada a las culturas nativas, y la ruda, aquella acompañante de los colonizadores.¹⁶

Casos de esposas de soldados establecidos en los presidios evidencian los apuros e inestabilidad con que éstas y sus familias vivieron. Enríquez Licón señala como las viudas denunciaban “las precarias condiciones económicas en que se encontraban ellas y sus hijos, al desaparecer el principal soporte económico de la familia, como fue el caso de numerosas viudas de soldados muertos por apaches en el presidio de Tucson en julio de 1849.”¹⁷

¹⁵ Lejeune, *Tierras*, 1995, p. 41.

¹⁶ Chávez, *Entre*, 2011, p. 159.

¹⁷ *Ibid.*, p. 152.



Durante las primeras décadas del XIX, Sonora era un territorio de poblaciones aisladas en las que se propiciaba poco el contacto personal.¹⁸ El clima, las condiciones del terreno y la escasez de agua hicieron que la población creara vínculos socio-ambientales para sobrevivir al medio. Por lo tanto, se puede hablar de relaciones y espacios compartidos entre los grupos así como de una diversidad de prácticas sociales y cotidianas que se fijaron por estos fenómenos: “después de las ocho de la noche hombres y mujeres se acostaban en la calle con una sábana y un petate y comenzaban a hablar hasta quedarse dormidos. Las casas se quedaban vacías y las puertas abiertas.”¹⁹ El calor sonoreño obligó a las familias a ingeniárselas para hacer su cotidianidad lo más placentera posible, esta práctica debió ser más común entre los pobres que no tenían dinero para construir las gruesas y altas paredes de adobe que mantenían frescas las casas de los ricos.

La vestimenta fue otro de los aspectos que las y los sonorenses tuvieron que adaptar debido a las circunstancias climáticas. En el derroche de halagos que los viajeros hicieron a los atractivos femeninos de las mujeres, describen su forma de vestir y la coquetería con que las damas de la elite portaban sus trajes, por el hecho de “que estén al día en lo que sucede en Europa con respecto a la moda [...] Su modo de vestir es europeo pero modificado para adaptarlo al clima tan caluroso. Lo único netamente nacional que usan es el rebozo el cual todas las mujeres portan”.²⁰ Lo más probable es que las mujeres de los estratos bajos de la sociedad sonoreña, vistieran de manta o telas holgadas para soportar las inclemencias del tiempo, al igual que los hombres.²¹

En esto de los espacios compartidos y en las prácticas culturales vinculadas con las festividades, música, alimentación

¹⁸ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 18.

¹⁹ Memorias de Cyprien Combier en Tinker, *Sombra*, 2010, p. 49.

²⁰ Robinson, *Dust*, 1885, p. 14.

²¹ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 51.



y la convivencia en espacios públicos, los sonorenses tendieron a borrar la línea imaginaria de las diferencias entre las clases sociales. La baja densidad de población y el aislamiento de las ciudades y poblados diseminados a lo largo del territorio favorecieron a una estrechez entre los grupos sociales,²² con excepción de las comunidades nativas de la región, ya que eran consideradas como enemigas. Los bailes, conciertos, obras de teatro o reuniones sociales “se convertían inevitablemente en actos públicos, que incluían, en un grado o en otro, a la mayor parte de la comunidad”.²³ Thomas Robinson –comerciante que se estableció a mediados del siglo XIX en Guaymas– señala como los domingos en el puerto, la población al término de la misa se dedicaba a la diversión; “las mujeres jóvenes abren sus ventanas, los galanes las visitan de casa en casa, se tañe una guitarra o se abre un piano y se improvisa un baile.”²⁴

Las formas de socializar en los ambientes urbanos entre hombres y mujeres sorprendieron muchas de las veces a los extranjeros que pisaron tierra sonorenses. En Guaymas, al presenciar un baile a bordo de un barco, Robinson se asombró de la soltura y espontaneidad con que las jóvenes guaymenses se desenvolvían:

La idea de brillar ante los galanes extranjeros y tal vez conquistar a un “gringo” les parece deliciosa, además del hecho de embarcarse en pequeños botes en los que todos se acomodan sin ceremonias y que va en contra de la rígida etiqueta española. Era extraño ver a las recatadas muchachas de ayer que hoy habían escapado de sus chaperonas y se mezclaban promiscuamente en la proa de las lanchas en una masa de ojos negros, trenzas lustrosas y vestidos de seda puestos de relieve por el encaje dorado y las cabelleras rubias de sus admiradores navales quienes nada renuentes con su

²² Quijada, “Aspectos”, 1997, p. 38.

²³ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 67.

²⁴ Robinson, *Dust*, 1885, p. 13.



proximidad aprovechaban la oportunidad y trataban de enamorar a la jovencita que le quedaba más cerca.²⁵

Con respecto a los relatos de los viajeros, es interesante detenerse para apreciar la visión que estos tenían de la mujer sonorense. Dichas narraciones contienen una apreciación de un mundo que admiraban y que significaron un enigma a descifrar, vienen a ser las representaciones sociales,²⁶ desde una mirada occidental, marcadas por experiencias individuales y colectivas, a partir de un bagaje cultural y un “sistema de códigos, valores, lógicas clasificatorias, principios interpretativos y orientadores de las prácticas”²⁷ que son normativas del grupo social al que pertenecieron, y que influyeron en la forma de contemplar la vida natural y social de los sitios que visitaron. A pesar de ser una mirada externa, los paisajes que dibujan nos dan la oportunidad de asimilar y recrear retratos efímeros y momentáneos del pasado al ser pieza, a fin de cuentas, de la memoria histórica.

El noroeste mexicano había sido uno de los puntos atrayentes para inversionistas, especuladores y migrantes que vieron en la explotación de los recursos naturales un imán económico, fructífero para el establecimiento de industrias de variada índole. En el cumplimiento de sus funciones, al explorar y describir las condiciones del territorio, plasmaron también las formas y colores de la sociedad sonorense.

Dentro de sus textos, los extranjeros otorgaron un lugar a la figura de las mujeres que encontraron al recorrer diferentes puntos del territorio, y crearon representaciones de varias

²⁵ *Ibid.*, p. 13.

²⁶ El ser humano, a través del *sentido común* –forma de percibir, razonar y entender la realidad– crea un conocimiento social y generalizado del mundo en el que cohabita. Las representaciones sociales constituyen los códigos y los valores que definen la *conciencia colectiva*; así como la que posibilita o en su caso limita las prácticas tanto de hombres y mujeres en las sociedades. Ver Araya, “Representaciones”, 2002, p. 11.

²⁷ *Ibid.*, p. 11.



imágenes femeninas, complejas y contradictorias a la vez. Desde la guerrera amazona²⁸ que lucha por proteger bienes y patrimonio en ausencia del cónyuge, hasta la mujer intrépida e inteligente que monta a caballo, juega y bebe, atribuyéndose roles que para la época se considerarían exclusivos del hombre.

La belleza de las sonorenses fue muy elogiada por los viajeros²⁹, quienes compararon su físico, carisma y personalidad con las mujeres parisinas y las de Europa en general. Afirmaron que sus modos y formas no tenían nada que envidiarles: “Yo no sé qué es lo que tienen las sonorenses; en general bellas y elegantes, ardientes y pudorosas, reúnen todo el encanto de las parisenses, todo el sentimiento, toda la elegancia de las hermosas de México.”³⁰ Además de la belleza encantadora de estas mujeres, reconocen que “se expresan con mucha facilidad y su ademanes y movimientos no son menos expresivos que sus palabras.”³¹ Eran adoradoras del buen vestir, soñadoras y enamoradas; amantes de la música que cultivaron y pusieron en práctica en los espectáculos de las veladas y círculos de reunión a los que asistían.

Las señoras son de gracioso personal, tienen una elegancia natural en sus maneras, y unen una viveza interesante a la suavidad insinuante y cautivadora, tan general en las mujeres de Sonora. Andan y bailan con toda la gracia y flexibilidad encantadora de una Vestris, y cual ella muchas poseen un gusto exquisito por la música.

²⁸ Mujeres guerreras de la mitología griega. Cabe señalar que esta metáfora es utilizada como parte de un arquetipo en el cual, a partir de variadas circunstancias, las mujeres tienen que tomar caminos no trazados para su condición, como en los momentos de guerra. En nuestro caso, identificamos a una mujer de carácter fuerte y personalidad independiente, que la hace actuar en espacios públicos de la sociedad a la que pertenece. Ver Muñoz, “Doncella”, 2003, pp. 110-112.

²⁹ Un gran número de extranjeros vieron como opción residir en Sonora contrayendo nupcias con mujeres de la elite sonorenses. Estos enlaces tejieron redes sociales y económicas muy fuertes entre familias estadounidenses y mexicanas, por citar un ejemplo. Ver Tinker, *Sombra*, 2010, p. 57.

³⁰ Calvo, *Descripción*, 2006, p. 194.

³¹ *Ibid.*, p. 191.



Están consideradas como sumamente apasionadas en sus enlaces, pero algo inconstantes.³²

Las visiones extranjeras nos ofrecen el trasfondo de las mujeres de la elite sonorense en su diario vivir y los roles sociales que no siempre estuvieron apegados a las normas culturales y morales de la época. En su itinerario, también conocieron a mujeres que los sorprendieron por su independencia y soltura en acciones similares a las de los hombres. Vicente Calvo, quien visitó tierras sonorenses en 1843, advierte que

Las mujeres viven al igual de los hombres: sus hábitos y sus gustos son idénticos y se muestran tan independientes como ellos. Montan a caballo, se pasean en burros, que es oro en polvo para los enamorados, se bañan, fuman desde la mañana hasta al acostarse, se divierten con juegos estrepitosos y violentos.³³

Va más allá, al comparar a los dos géneros y poner a la mujer en un nivel de entendimiento y juicio naturales mayores que el varón, al decir que las “mujeres de Sonora gobiernan a los hombres por ser más superiores en inteligencia y en fuerza moral que ellos”.³⁴ Sin embargo, lo que parecía una inteligencia silvestre era una actitud que habían cultivado como una respuesta al entorno en el que vivían; es decir, sustituían la falta de instituciones de educación —ya que su formación se reducía a las primeras letras— con la experiencia, al confrontar cotidianamente un mundo cargado de retos. Calvo, por su visión occidental, creía indispensable la instrucción de la mujer pues

su entendimiento no está ilustrado, ni aplicado al corazón, porque no saben más que lo que el corazón les enseña. De aquí provienen sus grandes virtudes como sus grandes vicios. Si se cultivase el

³² *Ibid.*, p. 99.

³³ *Ibid.*, p. 169.

³⁴ *Ibid.*, p. 196.



corazón quedarían sólo las virtudes y en vez de mujeres tendrían los sonorenses ángeles.³⁵

En la época, desde la perspectiva de las elites, hablar de educación para las mujeres era hablar de un adoctrinamiento o una preparación para cumplir con el papel destinado por su condición femenina. Hacer de ellas unos “ángeles del hogar”, pero también de las reuniones sociales era el fin último de la enseñanza femenina. Que un extranjero viera casi con desaprobación que las mujeres montaran, fumaran y se comportaran dispendiosamente no era extraño, si ubicamos sus observaciones en el contexto del siglo XIX, en el que prevalecía un ideal de mujer distinto. A pesar de ello hubo casos que rompieron las expectativas, como el de “Margarita”, de Guaymas, mujer que tenía un “buen criterio”; que por ser la hermana del cura del lugar tuvo acceso a su biblioteca, utilizándola para instruirse de manera autodidacta, instrucción notoria ya que su conversación era “superior a la de sus compañeras”.³⁶

Afirmar que sólo la falta de escuelas y la existencia en Sonora de instituciones religiosas débiles contribuyeron a fijar la independencia y autonomía de las mujeres, es dejar de lado otros componentes importantes en dicha explicación. De acuerdo con Tinker Salas y Enríquez Licón, y como ya lo hemos señalado a lo largo del texto, la autonomía de la mujer también se debió a la severidad y dureza de la frontera, que solicitaba una colaboración entre los géneros para resistir y sacar a flote la supervivencia de las familias.³⁷ La constante movilidad que se vivió a finales de la década de 1840 a causa de la fiebre del oro, provocó una considerable ausencia de hombres en las ciudades y poblados, así lo demuestran los números.

³⁵ *Ibid.*, p. 186.

³⁶ Robinson, *Dust*, 1885, p. 6.

³⁷ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 61 y Enríquez, “Mujer”, 2002, p. 155.

CUADRO 1. SONORA. MIGRACIÓN A LA ALTA CALIFORNIA, 1849-1850.

Partido	Población			
	Hombres	Mujeres	Niños	Total
Ures	1 578	18	10	1 606
Hermosillo	1 920	50	30	2 000
Arizpe	810	31	100	941
Álamos	1 134	34	24	1 592
Altar	130	10	9	149
San Ignacio	130	-	-	130
Moctezuma	1 216	-	-	1 216
Salvación	650	30	18	698
Sahuaripa	853	11	47	911
Total	8 421	184	238	9 243

Fuente: Aguilar, *Memoria*, 1851.

La emigración hacia California era un asunto masculino. No se puede precisar con exactitud cuántos de los migrantes volvieron o cuántos se marcharon para nunca regresar. No obstante, el fenómeno es interesante cuando se ve la contraparte del mismo; es decir, a todas aquellas mujeres solas, viudas y solteras que se quedaron en los poblados a la espera del regreso del cónyuge, del padre o el hermano. Tinker Salas señala que “varias mujeres de Cucurpe hicieron mandas a san Francisco por el regreso a salvo de sus esposos desde California, a donde habían ido a trabajar como mineros. El día de la fiesta de san Francisco, iban descalzas todo el camino hasta Magdalena.”³⁸ Pero es evidente que mientras esperaban se ajustaron a las nuevas condiciones que esta movilidad masculina ocasionó.

Otro factor vinculado al anterior fue la constante guerra contra los indios apaches y yaquis, que se manifestó en constantes incursiones que éstos realizaron en los pueblos, o bien

³⁸ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 62.

en la cacería que los pobladores emprendieron debido a “la incapacidad de las autoridades [para] supervisar un gran territorio”. Esta deficiencia suscitó “que los sonorenses tomaran las armas contra los apaches, los bandidos y los traficantes fronterizos extranjeros.”³⁹ Ante tal situación, las mujeres se vieron obligadas a colaborar en la defensa de sus comunidades al lado de sus compañeros, y en muchos de los casos se convirtieron en viudas obligadas a tomar las riendas de la familia y los bienes de ésta.

En su recorrido por el Real de Álamos, Robert Hardy experimentó el ataque de los yaquis y la conmoción que causó entre la población. Las mujeres asustadas ante la embestida de los indios huyeron del peligro entre gritos y sollozos, acto lógico ante un suceso de tal magnitud.⁴⁰ Sin embargo, el inglés encontró que el valor de las mujeres en estas afrentas muchas veces se imponía ante el temor y el miedo; llegó a convencerse “que el miedo de los hombres era mayor que el del ‘sexo débil’, que en Álamos es, decididamente, el sexo más fuerte”.⁴¹ Obligada a asimilar los mecanismos de la defensa y supervivencia, en condiciones climáticas adversas y para protegerse de la amenaza constante de los indios belicosos, la mujer de frontera debió contribuir desde su posición a la formación de una sociedad heterogénea, donde las relaciones de género no fueron tan dispares, según la pluma de estos viajeros.

En *Tierras mexicanas* de Louis Lejune —aventurero y minero francés que viajó a Sonora a finales del XIX— encontramos historias de mujeres que experimentaron las secuelas de la belicosidad de los apaches. Lejune nos cuenta que una mujer de avanzada edad que lo atendió en su paso por Baviácora “había visto caer a su marido en la puerta de su casa; pero no vio

³⁹ *Ibid.*, p. 116.

⁴⁰ Hardy, *Viajes*, 1997, p. 170. Robert Hardy recorrió el estado entre 1825 y 1828.

⁴¹ *Ibid.*, p. 170.



al indio.”⁴² El relato sobre la esposa de un migrante irlandés, establecida en un rancho cercano al río Bacoachi, en Arizpe, también representa la experiencia de muchas mujeres

una mujer absolutamente sola, el primer ser humano que encontramos desde San Lázaro. Se trata de una irlandesa cuyo marido, un tal Miller, se fue a Tombstone, a 30 leguas de distancia, para vender algunas reses que escaparon de las *razzias* apaches [...] Anoche disparó desde su ventana contra sombras sospechosas. Alarma prematura sin duda, pero el peligro será real dentro de poco, cuando Gerónimo haya pasado la frontera. La perspectiva de que la cerca sea quemada, los perros envenenados, la casa incendiada o algún suplicio horrible, la posible muerte de su marido en el camino de Tombstone, nada desanima a esta valiente mujer.⁴³

Al verse trastocada la estructura familiar, las relaciones entre mujeres y hombres se fragmentaron, y la migración o la muerte masculina provocaron el desenvolvimiento de la mujer en diferentes ámbitos poco relacionados con su sexo. Por eso los viajeros vieron en estas rudas féminas, —“bárbaras” siguiendo la idea de Chávez— acciones inusuales al relacionar diferentes conceptos vinculados a lo masculino o a lo femenino. En este sentido Joan Scott nos advierte que en el discurso de una época podemos encontrar la “codificación de género de ciertos términos, para establecer sus significados”.⁴⁴ De esta forma podemos encontrar que las descripciones de los viajeros tienden a valorizar y calificar a la mujer nortea y sus singularidades en términos masculinos (“valientes”, “independientes”, que sus prácticas sociales se asemejan a los hombres, que montan a caballo, fuman, etcétera).⁴⁵

⁴² Lejeune, “Tierras”, 1995, p. 37.

⁴³ *Ibid.*, p. 105.

⁴⁴ Scott, “Género”, 2008, p. 72.

⁴⁵ Esa “masculinización” de la mujer del norte que observaron los viajeros, responde a un contexto definido por las circunstancias ambientales, de



Cabe destacar, de acuerdo a los ejemplos citados, que también las mujeres de los grupos étnicos sufrieron las consecuencias de esta guerra. Las campañas de exterminio y deportación que se organizaron en el último tercio del siglo XIX, provocaron entre otras cosas, la separación de un número considerable de mujeres yaquis de sus comunidades. Se dice que “deportaban a las mujeres y niños yaquis capturados a los distritos fronterizos del norte, lejos de sus familias y su entorno tradicional.”⁴⁶ Por otra parte, hubo casos de mujeres raptadas por los apaches en sus incursiones a las propiedades de rancheros o hacendados. Trinidad Verdin, una niña de diez años, fue raptada por un grupo de apaches en el distrito de Magdalena, que la mantuvieron cautiva por dos meses, hasta su rescate por las fuerzas de Cucurpe.

Al notar que ladraban algo los perros salió [...] y vió [sic] que uno de los apaches que se había aproximado más á la casa apuntaba con un arma de fuego por adentro de la pieza donde su prima estaba cosiendo con una máquina, que entonces corrió ella asustada avisando [y] entró un indio y la cogió á ella de la mano y se la llevó [...]⁴⁷

Lo llamativo de este relato es que, además de la experiencia de la joven cautiva, es posible advertir la condición de las mujeres apaches y sus funciones dentro del grupo:

dijo que le pegaban algunas veces porque no les entendía lo que pedían y que esto regularmente lo hacían las mujeres y que no

violencia y guerra. Y ello no implica que en la generalidad todas las mujeres de la frontera vivieran dichas circunstancias, estamos hablando de especificidad y singularidades que al reunir las para su análisis nos proporcionan una visión rica y compleja de la situación de la mujer y la sociedad decimonónica sonorenses.

⁴⁶ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 119.

⁴⁷ F.E.R. indígenas-Apaches, Magdalena, 21 de junio de 1886, en Archivo General del Estado de Sonora (AGES), t. 13, exp. 2, fs. 9307-9308.

recuerda que le hayan pegado ninguno de los hombres y que cuando le tocaba andar a pie por el terreno que era muy escabroso le reprendían que no pisara la tierra sino que procurase pisar piedra o el zacate por donde iba para que no dejase rastro [...] que todo el tiempo que anduvo con ellos anduvo al lado de Gerónimo y de la mujer de éste que eran los que se encargaban de cuidarla.⁴⁸

Bajo estas condiciones de violencia, la mujer tuvo que sortear su vida en la frontera sonorense. Crear mecanismos de defensa o en su caso alejarse de los constantes desencantos que produjo la guerra contra los indios apaches, fue una de las opciones más socorridas por muchos de los pobladores del norte de la región de Sonora. Este fenómeno fue señalado por Henry George Ward, a principios del siglo, de acuerdo al reporte de Bourne, informante que en su recorrido por el Río Sonora y sus poblaciones se encontró con una mina abandonada a causa del asalto de los apaches:

Se dice que la mina de Cobriza de San Felipe, ocho leguas al norte de Babiácora y a tres leguas del pueblo de Ituapaca, que tiene en su vecindario a las haciendas y ranchos de San Felipe, Agua Caliente y los Chinos, fue abandonada cuando producía plata pura, que cortaban los mineros en pequeños pedazos, con tijeras grandes. Era propiedad de dos mujeres, apellidadas Loretas, pero conocidas como *las Guadalupeñas* [sic]. Los indios apaches atacaron tan repetida y encarnizadamente este distrito, que se vieron obligadas a abandonar la mina.⁴⁹

Lo interesante del pasaje, además de los efectos de la violencia, es el dato de las propietarias de la mina de San Felipe. En Sonora hubo mujeres solteras y viudas, principalmente, herederas del patrimonio de sus padres o esposos, que tuvieron una posición económica sólida, gracias a que eran dueñas y administradoras

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Ward, *México*, 1995, p. 763.

directas de sus bienes.⁵⁰ Si enlazamos este fenómeno con la ausencia masculina en las poblaciones a causa de las migraciones a mediados del siglo por la fiebre del oro, y, a su vez, con las numerosas bajas que pudo causar el conflicto entre blancos e indios, es evidente que la población femenina, en cierto porcentaje, tuvo una dinámica especial como capital social y económico dentro de las comunidades. Ya que la “ausencia de varones permitió a las sonorenses tener más acceso a las ocupaciones tradicionalmente propias de los varones. Las mujeres poseían tierras, se dedicaban al comercio y, en los pueblos más grandes, dirigían casas de comercio heredadas de sus familias o cónyuges”.⁵¹

Los testamentos son una fuente ostensible que nos permite apreciar este aspecto singular de la mujer del norte. Viudas que acogen los bienes generados a lo largo del matrimonio con sus esposos; hijas que reciben el beneficio de sus padres y se convierten en propietarias y administradoras de las posesiones familiares; madres que tienen la capacidad para heredar y ceder sus haberes a sus hijos, y algunas veces hasta fortunas a familiares o en su caso a la asistencia y la caridad,⁵² son la prueba evidente de ciertas facultades de empoderamiento de las mujeres sonorenses, provocadas por situaciones fortuitas, que modificaron tanto las relaciones de género como las de poder, al ser un sujeto activo ahora, en el espacio público.

Según los números manejados por Carmen Tonella, el porcentaje de mujeres que legaron bienes en el Distrito de Ures entre los años de 1862 y 1902 es significativo. Del total de los testamentos femeninos, las viudas acapararon el 52 por ciento, en comparación con el 33 por ciento de las casadas y el 15 por ciento de las solteras.⁵³ Más allá del número como tal, podemos

⁵⁰ Para extenderse más sobre el tema ver Tonella, “Mujeres”, 2001, pp. 147-193.

⁵¹ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 61.

⁵² Tonella, “Mujeres”, 2001, pp. 147-193.

⁵³ *Ibid.*, p. 167.

argüir que la viuda disfrutó de una libertad transigida, se le respetaba y se le consideraba por su condición y contaba con un amplio y considerable desenvolvimiento dentro de la sociedad. Las mujeres próximas a contraer matrimonio, por otra parte, tenían la posibilidad de aportar una dote a veces superior a la que daba el marido, su autonomía económica les dio hasta la posibilidad de elegir a su compañero o de tomar la decisión de evitar el matrimonio. De esta forma la situación económica de las mujeres y su estado civil influían invariablemente en su posición social y en las relaciones dentro de sus matrimonios.

Es importante mencionar que todas las prácticas sociales que estuvieron vigentes durante esta centuria estuvieron marcadas por prácticas de origen regional, así como por las conductas generales que se desarrollaban en México.⁵⁴ La mujer del norte no escapó de los parámetros del tiempo en que le tocó vivir y coexistió en una paradoja entre el deber ser y la situaciones reales que la vida en la frontera le fijó –aunque en ocasiones pesaban más las condiciones locales en su desenvolvimiento social–. Estas características y situación de la mujer las veremos durante todo el largo siglo XIX. Pero se acentuarán y diversificarán en el ocaso del mismo.

NICHOS Y OFICIOS FEMENINOS

Las explicaciones del desarrollo de estas sociedades de frontera están estrechamente relacionadas con los periodos generales de modernización en México en las últimas décadas del siglo XIX. “La economía rural del norte recibió todavía un nuevo impulso con la novedosa y dinámica explotación de las riquezas minerales [...] y con la red de ferrocarriles que unió entre sí diversos puntos de la región, y abrió también los caminos hacia el mercado norteamericano.”⁵⁵ Estas transformaciones de orden

⁵⁴ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 42.

⁵⁵ Carr, “Peculiaridades”, 1973, p. 325.

económico, así como el desarrollo y fortalecimiento de nuevas instituciones educativas y religiosas, dieron paso a cambios en la sociedad, en sus conductas y pautas de comportamiento, añadiéndose a la compleja identidad cultural del sonorenses.

La estabilidad y control del Estado, el desarrollo comercial, agrícola y minero, la creación de la línea del ferrocarril en 1882⁵⁶ y la disminución de la amenaza de los apaches y yaquis,⁵⁷ tuvieron como consecuencia un crecimiento de las ciudades y propiciaron el surgimiento de nuevos centros urbanos, especialmente mineros. También hubo un aumento en la población urbana a causa de la movilidad y migraciones constantes, que se produjeron por la demanda de mano de obra por parte de las industrias y compañías en las distintas regiones del estado.

Es importante presentar datos aproximados del número poblacional para este tiempo, si queremos incluir al sector femenino en el contexto social. La intención es comparar en números la demografía masculina y femenina, y si las fuentes lo permiten, identificarlas por sectores sociales específicos –solteras, casadas, viudas, por profesiones o nivel de educación– para crear un perfil general de la mujer de frontera.

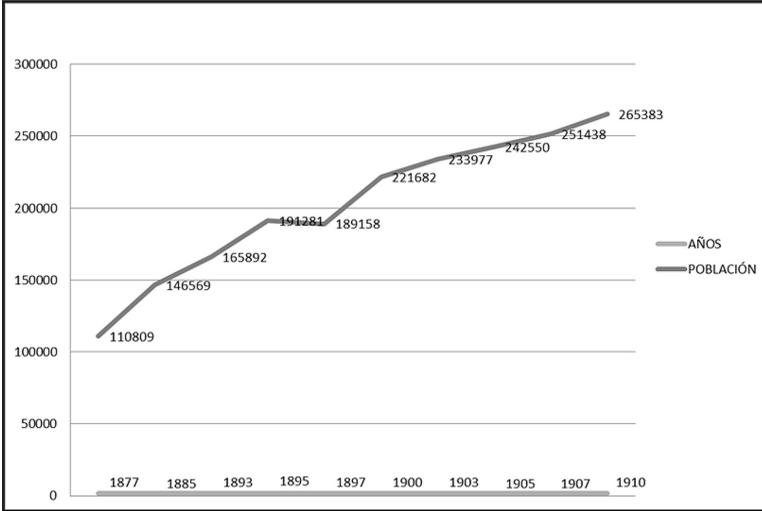
En las últimas tres décadas del siglo XIX el aumento de la población fue considerable. Para 1893 había 165, 892 habitantes, cuatro años después el aumento era de 189, 158; y de 1900, con una cantidad de 221, 682 a 1910 la población se incrementó a 265,383.⁵⁸ En la gráfica 1 podemos apreciar el proceso de crecimiento demográfico del que hablamos:

⁵⁶ Las mujeres formaron parte de los festejos que en Arizona y Sonora se realizaron por la inauguración del ferrocarril, rompiendo champaña en la locomotora. Debió ser una gran expectativa para toda la población el arranque de este medio de comunicación que transformaría las formas de transporte y relaciones entre los pobladores de la frontera. Ver Tinker, *Sombra*, 2010, p. 277.

⁵⁷ El ferrocarril tuvo un papel primordial en las deportaciones masivas de yaquis a principios del siglo XX por parte del gobierno porfirista.

⁵⁸ Aguilar, *Frontera*, 1977, p. 90.

Gráfica 1. Población en Sonora por año.



Fuente: Peñafiel, *Censo, 1897; Estadísticas, 1956.*

Los distritos que crecieron considerablemente durante este periodo fueron Arizpe y Moctezuma, debido al desarrollo de los grandes centros mineros que arrastraron a un gran número de hombres como fuerza de trabajo.⁵⁹ Los trabajadores locales e inmigrantes se incorporaron a estos pueblos, muchos de ellos seguidos por sus familias. Para 1895 en el mineral de La Colorada el 30 por ciento de la población estaba casada. El 17 por ciento (945) eran hombres solteros y el 11.9 por ciento (667) lo ocupaban las solteras. Las viudas en La Colorada continuaron manteniendo un elevado número con 232, en comparación con los hombres que llegaron a 83 viudos.⁶⁰ Recordemos que la vida en el mundo de las minas era precaria y muchas de las veces la inseguridad y los accidentes estaban a la orden del día.

⁵⁹ Gracida, "Génesis", 1997, p. 30.

⁶⁰ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 331.

A nivel general y con un estimado de las cifras por sexo se puede señalar una constante en el número entre hombres y mujeres.

CUADRO 2. POBLACIÓN DE SONORA POR DISTRITO Y SEXO (1897).

Distrito	Hombres	Mujeres	Total
Hermosillo	14,000	13,913	27,913
Guaymas	10,038	8,842	18,880
Álamos	25,459	25,218	50,677
Ures	12,669	13,143	25,812
Arizpe	6,690	6,627	13,317
Sahuaripa	5,665	5,765	11,430
Moctezuma	6,921	6,700	13,621
Magdalena	6,779	6,731	13,510
Altar	7,372	6,617	13,989
Total	95,593	93,556	189,158

Fuente: Peñafiel, *Censo*, 1897.

En cuanto al estado civil de la población, hubo una continuidad en la tendencia equivalente entre uno y otro sexo: en el caso de los solteros(as) y casados(as), los números varían, pero siempre en un rango mínimo de diferencia. En cambio, en el rubro de los viudos (as) el elevado porcentaje de las mujeres es sugerente y se enmarca dentro de las inferencias que se realizan sobre la ausencia masculina en las comunidades a lo largo de la centuria. Los distritos con estos índices elevados de viudez femenina son los que en algún momento del siglo sufrieron considerables pérdidas humanas por la migración a causa de la fiebre del oro en 1849; una sangría poblacional por la consistente lucha contra los apaches y yaquis o simplemente una merma porque el rango de nivel de vida era mucho menor y las enfermedades, entre ellas las epidemias, causaron estragos en algunas poblaciones del estado como Hermosillo y

Guaymas.⁶¹ El siguiente cuadro demuestra ese alto índice de viudas del que hablamos:

CUADRO 3. POBLACIÓN EN SONORA POR ESTADO CIVIL, 1897.

Distrito	Solteros (as)		Casados (as)		Viudos (as)	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Hermosillo	3,184	3,422	4,469	4,380	437	1,278
Guaymas	3,204	2,454	2,910	2,583	265	822
Álamos	7,023	7,740	7,365	7,260	786	1,837
Ures	2,578	3,210	3,670	3,701	536	1,238
Arizpe	2,133	1,903	1,747	1,761	208	513
Sahuaripa	1,557	1,731	1,556	1,563	191	564
Moctezuma	1,345	1,443	2,012	2,059	225	563
Magdalena	1,555	1,556	1,829	1,863	257	650
Altar	2,265	1,615	1,956	1,953	260	475
Total	24,844	25,074	27,514	27,123	3,165	7,940

Fuente: Peñafiel, *Censo*, 1897.

Este gran número de mujeres estuvieron inmersas en el Sonora modernizado. La mano de obra femenina también fue requerida en la industria, en las instituciones educativas, en los comercios, etcétera. A nivel general, las mujeres vivieron en una serie de contradicciones alimentadas por el ideal femenino que tiene como predominio la esfera del hogar y por la necesidad del sistema económico que “obliga a un amplio sector a incorporarse al trabajo productivo en el mundo público”.⁶²

La siguiente tabla ilustra las ocupaciones en las que la mujer tenía un papel preponderante en comparación al varón. Los espacios laborales en los que la mujer tuvo cabida están estrechamente vinculados con su género, sin contar que la paga era

⁶¹ De 1773 a 1910 Sonora experimentó varias epidemias de consecuencias mortales (viruela, sarampión, cólera y fiebre amarilla). Félix, *Cuando*, 2010, p. 75.

⁶² Tuñón, “Paz”, 2004, p. 123.

CUADRO 4. TRABAJO FEMENINO EN SONORA (1897).

Profesión	Mujeres	Hombres
Sin ocupación	48,473	1,142
Domésticos	8,922	1,372
Escolares	3,685	3,860
Propietarios	2,610	1,907
Costureras	1,745	...
Lavanderas y planchadoras	755	8
Comerciantes	486	1,831
Sombrereros	322	37
Tejedores	214	36
Profesores	130	108
Tortilleras	90	...
Cigarreras y cigarreros	56	19
Modistas	36	...
Parteras	32	...
Alfareros	23	18
Filarmónicos	18	259
Bordadores	15	1
Acróbatas	8	5
Dulceros	5	27
Empleados públicos	3	573
Vendedores ambulantes	3	10
Pintores artistas	3	3
Sastres	3	162
Empleados particulares	3	370
Mineros, barreteros y pepenadores	2	3,963
Cantantes	2	2
Estudiantes	1	1
Actores	1	2
Floristas	1	...
Obreros de establecimientos industriales	1	28

Fuente: Peñafiel, *Censo*, 1897.

menor que la del varón y estaban expuestas a agotadoras horas de trabajo.

Los oficios en los que la mujer tenía mayor demanda como fuerza laboral fueron aquellos en los que su físico o su pericia eran necesarios. Encontramos un gran número de obreras como cigarreras, cerilleras, o en fábricas de diversos alimentos como la *Fábrica de Pastas Alimenticias* en Nogales, donde trabajaba “un regular número de obreros, entre ellos bastantes señoritas”.⁶³ Pero también las vemos en otras ocupaciones asociadas invariablemente las facultades femeninas. Las costureras, lavanderas, sombreras, tejedoras, modistas y el trabajo doméstico forman un rubro importantísimo en el trabajo asalariado femenino en el estado. Por ejemplo, tenemos en Hermosillo las *Fábricas de Francia*, un establecimiento que contaba con un “gran salón de costura con setenta y cinco máquinas manejadas por mujeres”.⁶⁴ También en la capital, se encontraba la *Lavandería Moderna* y la fábrica de galletas *La Sonorense*⁶⁵; lógicamente debieron tener una considerable cantidad de trabajadoras si lo comparamos con los números de la tabla presentada.

Otra actividad con una gran participación de las mujeres fue la de partera, considerada como una de las ocupaciones netamente femenina y de una tradición muy arraigada en México. Durante todo el siglo XIX y parte del XX, las parteras alternaron con la figura del médico, a pesar de que durante el porfiriato, la medicina buscó consolidar su estatus descalificando a sus rivales, entre ellos, a los curanderos y a las parteras.⁶⁶ En Sonora fueron indispensables para cubrir la demanda de alumbramientos. Para 1897 había en todo el estado unos 41 médicos y unas 32 parteras. La falta de médicos obligó a esta sociedad de frontera habituada al aislamiento y a las grandes

⁶³ García, *Álbum*, 1907, p. 352.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 141.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 124 y 133.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 11.

distancias, a hacer suya la asistencia de las parteras y curanderos. Además, esta antigua práctica debió ser una opción para los estratos más bajos de la población que no tenían recursos económicos para cubrir los gastos de un médico, mucho menos de un hospital. Los matrimonios con una posición económica holgada tenían más opciones pues gracias al ferrocarril tuvieron la posibilidad de trasladarse y atenderse con galenos de Estados Unidos.⁶⁷

Si el mundo de las obreras y parteras fue parte importante en la sociedad sonorenses,⁶⁸ hablar del mundo de las mujeres con capacidad económica para establecer y administrar comercios no debe ser extraño. Como ya mencionamos líneas arriba, la mujer del norte rompió con algunos patrones de la época. La cantidad de propietarias, dueñas de haciendas, industrias y comercios es considerable ya que las mujeres con estas características supieron aprovechar los espacios que les fueron abiertos y cedidos por las mismas leyes. En el mineral de La Colorada se tiene registro de 31 establecimientos comerciales controlados por mujeres, incluyendo tabernas y burdeles; tal es el caso de “Columba Tamayo, Luisa Álvarez y María Bátiz [que] poseían y administraban cantinas.”⁶⁹ Las mujeres podían continuar administrando y protegiendo los bienes que les eran heredados por sus padres, aún si estaban casadas, según una ley aprobada en el año de 1861 por la Legislatura del Estado.

⁶⁷ En los anuncios de periódicos y en los álbumes-directorios se publicaron anuncios de diversa índole en donde se persuadía a los sonorenses de los servicios ofrecidos en la frontera estadounidense. García, *Álbum*, 1907, p. 417.

⁶⁸ La prostitución también fue uno de los oficios que más sobresalió en las últimas décadas de éste siglo. La gran cantidad de hombres solos en los centros mineros y las zonas urbanas, hizo que la prostitución se volviera una de las empresas femeninas más socorridas. Bajo estas circunstancias se crearon zonas de tolerancia y una reglamentación para el control de la prostitución así como de los burdeles. Tinker, *Sombra*, 2010, p. 398.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 344.



El diputado Manuel Monteverde⁷⁰ presentó una iniciativa de ley “para legalizar la situación económica de solteras y viudas.”⁷¹ Señalaba como argumento que las sonorenses casadas no tenían los derechos legales que ostentaban las europeas. Creía de suma importancia que la legislatura “garantizara el derecho de las mujeres a poseer propiedad privada.” A pesar de los comentarios de algunos diputados renuentes que veían con desaprobación una enmienda que desarticularía la unidad de las familias, se aprobó esta ley.⁷²

Como señala Tinker Salas, la ley tenía una clara motivación económica. La intención era proteger las tierras y en general las propiedades que las hijas de los notables obtenían con el matrimonio si éstas enviudaban.⁷³ Esta reforma propició que las mujeres fungieran como albaceas y que en los testamentos fueran las principales beneficiarias. Además, provocó una independencia económica femenina. Muchas de ellas tenían pequeños comercios y eran benefactoras de obras públicas y de caridad. Cabe señalar que durante la revolución, con la intervención de bienes por los constitucionalistas, veremos con mayor nitidez a este grupo de mujeres con una posición dentro de los grupos sociales y de poder.

Una de las primeras profesiones que se abrió a la mujer fue el magisterio. La tendencia a la alza de maestras a nivel nacional es evidente durante todo el siglo XIX y sin duda en el XX al terminar la revolución.⁷⁴ El estudio de esta profesión sólo fue posible para las jóvenes de clase media y alta de la sociedad, algunas se trasladaron al centro del país y otras tantas realizaron sus estudios en ciudades de Arizona y California,

⁷⁰ Nacido en Hermosillo. Ingeniero de minas y ensayador por el Colegio de Minería de la Ciudad de México; fue un destacado político de corte liberal y un importante minero en el estado. Ver Almada, *Diccionario*, 2009, p. 427.

⁷¹ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 61.

⁷² *Ibid.*, p. 61.

⁷³ *Ibid.*, p. 61.

⁷⁴ Vaughan, *Política*, 2001, p. 106.



debido a que los vínculos económicos y sociales fronterizos contribuían a ello.⁷⁵

Para los positivistas del porfiriato la educación fue un punto clave en la visión de desarrollo y progreso de la Nación, la igualdad en la educación era el fundamento de su idea de enseñanza, pero la realidad era otra; las mujeres quedaban de lado al hacer una diferenciación entre los saberes de niños y niñas.⁷⁶ La educación básica era obligatoria, aunque en los hechos fue imposible llevarla a cabo. El Reglamento para Escuelas Primarias y Secundarias para niñas se creó en 1897, pero a “las niñas no se les enseñaba historia ni civismo y sí, en cambio, ‘deberes de la mujer en la sociedad y de la madre en las relaciones de familia y el Estado’, higiene y medicina doméstica.”⁷⁷ Únicamente las maestras recibían clases de educación cívica, pues estas utilizarían su conocimiento para transferirlo a los estudiantes.⁷⁸

El establecimiento de centros educativos en el estado de Sonora, estuvo a la alza en las últimas tres décadas del siglo XIX y la primera del XX. Según los datos de la gráfica 2, en 1887 había 139 escuelas⁷⁹ y para 1900 había 179 aproximadamente. Señala Pedro N. Ulloa que en la administración de Ramón Corral la instrucción pública fue impulsada mediante la construcción de edificios especiales y el establecimiento de juntas de Instrucción pública, “integradas por los vecinos más progresistas [y] se reformaron radicalmente los programas de educación; se trajeron profesores competentes de otras partes del país; se abrieron escuelas aun en los pueblos más apartados”.⁸⁰

⁷⁵ García, *Álbum*, 1907, p. 421.

⁷⁶ Cano, *Llamaba*, 2010, p. 38.

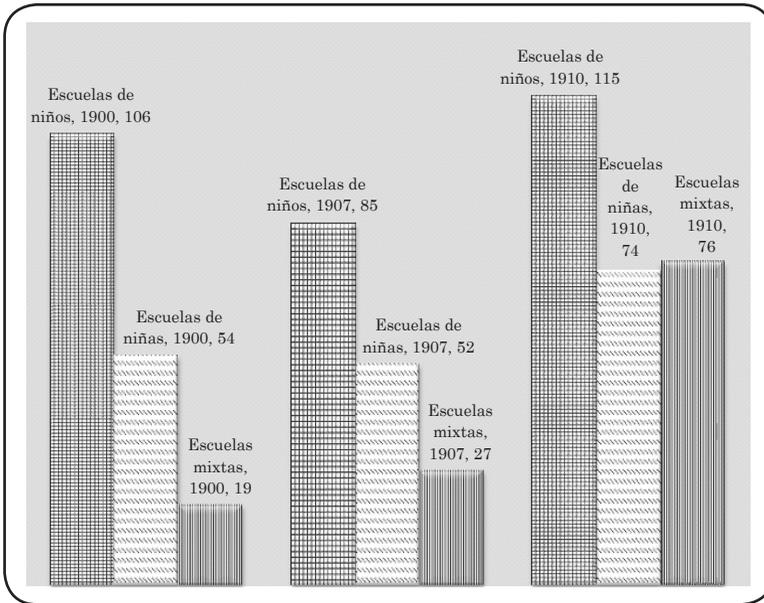
⁷⁷ Tuñón, “Paz”, 2004, p. 389.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 389.

⁷⁹ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 388.

⁸⁰ Ulloa, *Estado*, 1910, p. 41.

Gráfica 2. Establecimientos educativos en Sonora.



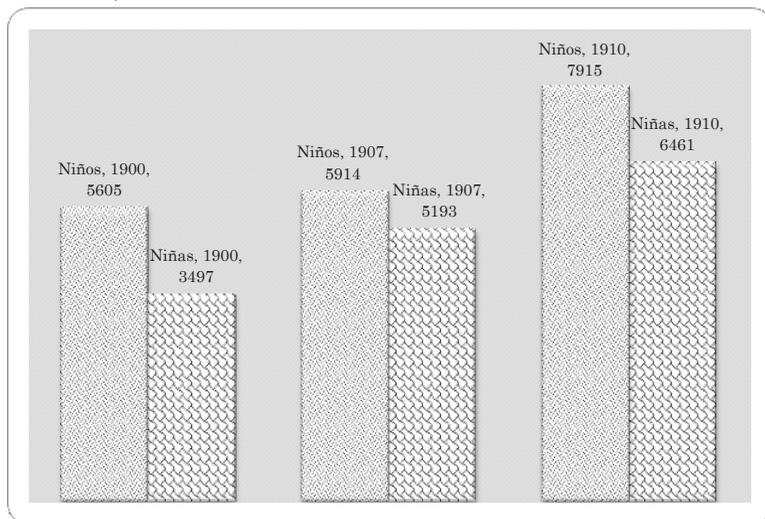
Fuente: Ulloa, *Estado*, 1910; *Estadísticas*, 1956.

La diferencia en el número de escuelas por género es notoria, pero también entendible si consideramos la postura del Estado en cuanto a la educación para la mujer, ya que más allá “de concebir la educación femenina como un vehículo de movilidad social, se veía como una necesidad que la mujer accediera a cierto tipo de conocimientos que le ayudasen a desempeñar mejor su papel histórico: formar buenos ciudadanos, leales al estado.”⁸¹ Sin embargo, la asistencia de niñas a las escuelas fue lo que quizá mantuvo estos números de escuelas femeninas y mixtas abiertas. Es notable que entre 1907 y 1910 la cantidad de niña es comparable a la de los varones.

Además de tener información de escuelas y alumnos, según los números arrojados por el Estado y los estadistas de aquel

⁸¹ Enríquez, “Mujer”, 2002, p. 161.

Gráfica 3. Número de estudiantes en el estado de Sonora.



Fuente: Ulloa, *Estado*, 1910; *Estadísticas*, 1956.

tiempo, sabemos que en las ciudades se crearon clubes educativos para la colecta de fondos, en beneficio de las escuelas. Para 1897, en Guaymas “vendían libros, tenían una escuela nocturna y publicaban una revista pedagógica mensual que trataba aspectos como la moralidad y la responsabilidad de los padres, y además promovía los derechos de educación plena para las mujeres.”⁸² Sin embargo, a pesar de los impulsos que anunciaban los porfiristas de Sonora en materia educativa, era evidente el atraso en la mayoría de la población en cuanto a las primeras letras. En 1897, tiempo en que Ramón Corral fungía como gobernador del estado, el número de mujeres y hombres que no sabían leer ni escribir era de 72 986 aproximadamente.⁸³

⁸² Tinker, *Sombra*, 2010, p. 389.

⁸³ Peñafiel, *Censo*, 1897.

ENTRE EL CONFLICTO Y LA CONVERGENCIA

Toda una tradición de supervivencia hizo del sonorese un ser práctico en su pensamiento y estilo de vida. Por ello, la educación durante el porfiriato, respaldada por los grupos de poder en dicho estado, debía “producir resultados tangibles; consideraban que Sonora no requería intelectuales sino gente práctica con carreras técnicas y profesionales que contribuyeran al desarrollo modernizante del estado.”⁸⁴ Las mujeres que se acercaban al ámbito práctico, requerido por la economía y la sociedad moderna, fueron las obreras y trabajadoras de las diversas industrias donde eran punto clave para su funcionamiento. Sin embargo, la mujer sonorese estaría lejos aún de una entrada real a los espacios de profesionalización. El sistema educativo no era suficiente para cubrir a la gran población sonorese y no todas las mujeres tuvieron acceso y medios para educarse.

El hecho de estar condicionada por un ideal definido contribuyó a que fuera difícil y hasta osado para la mujer plantarse en la superficie del trabajo y la educación durante el porfiriato. La crítica de muchos pensadores e instituciones como el Estado y la Iglesia llevaron a la mujer de frontera, como a las del resto del país, a vivir en un universo de contradicciones y en un “desfase entre las necesidades de clase y las ideológicas que transmitía la moral social.”⁸⁵

Hacia la mitad del siglo XIX la Iglesia católica en Sonora aún padecía las consecuencias de la poca cantidad de sacerdotes que había para cubrir todas las poblaciones del estado, escasez que le impedía llevar la pastura espiritual a capas amplias de la población. Sin embargo, la presencia de un obispado, de escuelas particulares —a las que asistían las niñas de la elite— y de medios de comunicación como la prensa,⁸⁶ ayudaron a

⁸⁴ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 385.

⁸⁵ Tuñón, “Paz”, 2004, p. 126.

⁸⁶ Enríquez, “Mujer”, 2002, p. 166.

cimentar su posición dentro de la sociedad sonorenses, al menos en las ciudades más importantes.

La confrontación entre la postura liberal del Estado y la posición de la Iglesia fue álgida en algunos aspectos relacionados con fundamentos de orden moral,⁸⁷ pero al final de cuentas, en el caso del ideal femenino las posturas eran similares; el repliegue al hogar y a las funciones “naturales” de la esposa y la madre fueron las condicionantes de estas dos posturas. En 1903 en Hermosillo se inició la edición de *El Hogar Católico*, un semanario que “dedicaba una buena parte de su espacio a prédicas sin fin con el propósito de moldear el tipo de mujer que podía apoyar con mayor eficacia el modelo espiritual y social de la Iglesia”.⁸⁸ Fue considerable la cantidad de prédicas y mensajes persuasivos de todo tipo que difundió *El Hogar Católico* con el discurso del modelo de mujer cristiano que las sonorenses deberían seguir.

Para el clero católico, el acceso de las mujeres a la educación las desviaba del fin último que la “Divina Providencia” había designado para ellas. En el semanario les cuestionaban a las jóvenes

¡Pero si estudia usted tanto que es una barbaridad! ¿A qué viene esa manía ni a que conduce que sepa usted [sic] astronomía, historia y filosofía y hasta algebra superior? [...] ¡Pero hija con tanta ciencia está usted [sic] inaguantable! [...] Basta, por Dios de leer, deje usted tranquilo ya a Cicerón y a Voltaire y póngase a usted a coser el pantalón de papá [...] pues eso no es el camino que conduce al matrimonio.⁸⁹

Es que educadas bajo las leyes del hombre se convertían en “mujeres-materia” que dedicadas a las labores masculinas perdían el sentido de su vida y de la misma sociedad. Porque era

⁸⁷ Ramos, “Mujeres”, 2001, p. 298.

⁸⁸ Enríquez, “Mujer”, 2002, p. 166.

⁸⁹ *El Hogar Católico*, 28 de febrero de 1903.

necesaria la “mujer-corazón”, consciente de su papel en la tierra, que era conducir el alma y corazón de los hombres para la salvación de la patria.⁹⁰ Cabe observar que la iglesia católica tenía un discurso similar para todas las mexicanas. Sin embargo, vale preguntarse ¿El comportamiento liberal de las mujeres de la élite sonorense obligaba a la Iglesia a construir un discurso prescriptivo particular? Como ya señalamos, los hábitos y los procesos culturales son de larga duración, la tradición fronteriza influyó en el desenvolvimiento de las mujeres y las dotó de elementos particulares, en principio por la necesidad de supervivencia, que muchas de las veces no encajaban con el arquetipo deseado por las instituciones y la ideología del poder en boga.

Es difícil creer que las mujeres de los estratos más bajos de la sociedad sonorense acataran estas prescripciones de la jerarquía católica. Debe considerarse que más del 50 por ciento de la población femenina a finales del siglo XIX no sabía leer ni escribir.⁹¹ Como señala Guerra, a pesar de que casi toda la población era católica, “las estructuras eclesiásticas de las regiones norteñas no están adaptadas a la movilidad de la gente”.⁹² El norte del estado y los centros mineros por ejemplo, eran núcleos con un gran flujo de población de distintas regiones. Sin arraigo a la tierra, sin educación y en constante desplazamiento, estas comunidades no pudieron consolidar un vínculo religioso concreto.

Las experiencias tradicionales ancestrales del norteño convergen con las nuevas formas culturales que porta la modernidad y a la vez resisten. Esto se ejemplifica muy bien con las relaciones entre las ciudades fronterizas de Sonora y Arizona. “La exposición a las normas estadounidenses, incluso cuando se acompañaban por un consumo llamativo, no requerían necesariamente que la gente de Sonora abandonara su cultura tradicional.”⁹³

⁹⁰ Enríquez, “Mujer”, 2002, p. 171.

⁹¹ Peñafiel, *Censo*, 1897.

⁹² Guerra, “Territorio” 1983, p. 39.

⁹³ Tinker, *Sombra*, 2010, p. 465.

Las prácticas tradicionales son aquellas formas de organización social no necesariamente atrasadas, sino que se arraigan a partir de la adaptación de hombres y mujeres al medio y contexto en el que habitan, que se transfieren y transforman de generación en generación. A su vez, los hábitos desarrollados con la modernidad se generaron a partir de los cambios, adopción y reconfiguración de nuevas prácticas culturales y cambio de mentalidades, acompañadas asimismo —sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX— de un desarrollo modernizante (economía, industria, técnicas de producción, etcétera) en el que las relaciones socioculturales en la frontera entrarían en la dualidad tradición-modernidad enfatizada en esta propuesta, de tal suerte que puede haber una coexistencia entre diversas prácticas culturales en un mismo grupo social.

De esta forma, a pesar de la aparente estabilidad del porfirato, la sociedad sonoreNSE es una sociedad que se ve sometida a cambios y constantes tensiones sociales como las rebeliones, huelgas y perturbaciones de finales del siglo XIX y principios del XX.⁹⁴ En el sur de Sonora, Teresa Urrea, la Santa de Cabora, fue un símbolo de perturbación para el gobierno porfirista y un peligro para la jerarquía eclesiástica católica. La “Reina de los Yaquis”, la “madre de Moctezuma”, la “Juana de Arco Mexicana”, la redentora de los oprimidos que inspiró actos heroicos entre sus fieles, como los indios mayos y los tomochitecos de Chihuahua, y temor entre sus perseguidores, llegó a vaticinar una crisis para las comunidades indígenas yaquis y mayos, debido a la política liberal del gobierno porfirista.

En sus conversaciones con la divinidad esta joven llegó a la conclusión de que todos los actos del gobierno y del clero eran malos, por lo que predicó una doctrina de libertad y justicia

⁹⁴ Guerra, “Territorio” 1983, p. 40.



que muchos hicieron suya. Más allá del misticismo, el hecho de que una mujer cuestionara a la Iglesia —aconsejaba a sus fieles bautizarse y casarse sin la intervención sacerdotal— y al gobierno la convertían en un peligro para la paz y la estabilidad porfiriana y para la credibilidad del clero.⁹⁵

CONSIDERACIONES FINALES

Es indudable que el pasado cultural de una sociedad marca las acciones y formas de enfrentar las situaciones de su presente. El contexto de la frontera con sus diversas aristas influyó invariablemente en la configuración de la identidad de la mujer sonoreense durante el siglo XIX. Las condiciones del medio hicieron peculiares la naturaleza y personalidad de las mujeres del noroeste. Independencia social, autonomía económica, soltura e inhibición ante los parámetros morales restrictivos de la época fueron algunas de las cualidades que los viajeros y escritores percibieron y plasmaron en sus memorias e informes.

La cantidad de mujeres inmersas en el ámbito laboral en la segunda mitad del siglo XIX, nos habla del desenvolvimiento de éstas en el espacio público y de su contribución en el desarrollo económico de ellas y sus familias; sin contar la cantidad de solteras y viudas con un caudal económico notable como comerciantes y propietarias de fincas, ranchos y haciendas que hacían producir.

Pero la mujer sonoreense no se desligó de las pautas morales e ideológicas de su tiempo. El positivismo limitó su educación con una enseñanza diferenciada por género. Tanto el Estado como la Iglesia buscaron moldear un ideal común de mujer que implicaba un retraimiento hacia lo privado. Sin embargo, la prédica de la Iglesia y los grupos de poder en torno al proceder

⁹⁵ Exiliada a los Estados Unidos al parecer continuó subvirtiendo el orden hasta su muerte en 1906. Domecq, “Teresa”, 1982. Vanderwood, *Púlpito*, 2003.



de la mujer en los espacios públicos, evidencian la complejidad del pasado femenino.

La modernización del norte a finales del siglo XIX trajo consigo una amplitud de la zona fronteriza, las relaciones económicas que se establecieron acarrearón relaciones socio-culturales que influyeron en gran medida en la transformación de la sociedad, se readaptaron costumbres y tradiciones, pero siempre de la mano de la resistencia. La mujer sonoreña vivirá el umbral de la revolución en una oposición entre el conflicto y la convergencia.

En este recorrido por el siglo XIX, a través de una perspectiva femenina se puede evidenciar que las acciones de las mujeres de frontera se desligan, hasta cierto punto, de las asignaciones tradicionales de género. Mary Bread (pionera de la historia de las mujeres) señaló que la mujer en el pasado, con los esquemas mentales y culturales de la sociedad a la que pertenece, puede elegir conformarse con las normas indicadas para su género; o “percibiendo claramente adonde la conducen sus emociones y las necesidades más inmediatas de su vida”, desafiar y transgredir los parámetros que les fueron inculcados.⁹⁶

La *mujer de frontera* se define por un pasado en el que la dicotomía entre tradición y modernidad es parte de esta sociedad de identidades múltiples, donde la frontera como espacio cultural tiene un papel fundamental, ya sea en el arraigo a las costumbres regionales o en la adaptación social a las nuevas prácticas que se adhieren, con los efectos de la movilidad de población, la educación, la modernización y el contacto con la cultura estadounidense.

A través de las huellas del pasado femenino es posible señalar que ser *mujer de frontera* implica una serie de elementos

⁹⁶ Anne Pérotin-Dumon, “La historia de las mujeres”, El género en la historia, University of London. Institute for the Study of the Americas [en línea], Santiago de Chile, 2000, (fecha de consulta: 7 de abril de 2011), URL: <<http://americas.sas.ac.uk/publications/genero>> p. 2.

creados por un contexto peculiar, que influyen en su comportamiento y en las relaciones sociales inherentes a hombres y mujeres. Por medio de los indicios documentales logramos perfilar el rostro social de la mujer en diversas tipologías: matrona, protectora, independiente, autosuficiente, moderna, liberal, migrante, actor laboral y política. Tipologías que se definen y son medidas a través de la compleja dualidad dada por las prácticas culturales modernizantes y tradicionales de finales del siglo XIX y principios del XX (tomando en cuenta los inicios del movimiento revolucionario). De esta forma, queda en el tintero un análisis preciso para comprender cómo se configuraron las relaciones de género a partir de las contradicciones que se concibieron entre la autonomía de ciertas mujeres, a partir de las circunstancias del medio violento y agreste sonorenses, y la vigencia de esquemas de subordinación vinculados con las doctrinas religiosas, educativas y políticas de la época decimonónica. Todo esto ligado a una sociedad con una identidad definida por una serie de símbolos y significados únicos.

La radiografía obtenida del pasado femenino contribuye a comprender los actos, presencia y recorrido sociocultural de las mujeres a través de procesos de larga duración. Hablar de *mujer de frontera* es hablar de una categoría de análisis en construcción, una propuesta creada para visualizar a las mujeres dentro de la generalización que conlleva la descripción de las sociedades de frontera. Sin embargo, es un camino abierto que permite avanzar en la reconstrucción de la historia de la mujer en el ámbito regional.

FUENTES PRIMARIAS

AGES, Archivo General del Estado de Sonora.
El Hogar Católico, Hermosillo, Sonora, 1903.

FUENTES SECUNDARIAS

- AGUILAR Camín, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1984.
- AGUILAR, José, *Memoria del Estado Libre de Sonora*, Ures, Imprenta del Gobierno del Estado, 1851.
- ALMADA, Francisco, *Diccionario de Historia, Geografía y Biografía Sonorense*, Hermosillo, Instituto Sonorense de Cultura, 2009.
- ARAYA Umaña, Sandra, *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*, Costa Rica, FLACSO, 2002.
- BOCK, Gisela, “La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional”, en Joan Vendrell Ferré (Comp.) *Teoría social e historia. La perspectiva de la antropología social*, t. 2., México, Instituto Mora, 2005, pp. 321-337.
- CALVO, Vicente, *Descripción política, física, moral y comercial del Departamento de Sonora en la República Mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.
- CANO, Gabriela, *Se llamaba Elena Arizmendi*, México, Tusquets Editores, 2010.
- CARR, Barry, “Las peculiaridades del norte mexicano, 1890-1927: Ensayo de interpretación”, *Historia mexicana*, vol. XXII, núm. 3, 1973, México, pp. 320-346.
- CHÁVEZ Chávez, Jorge, *Entre rudos y bárbaros. Construcción de una cultura regional en la frontera norte de México*, México, El Colegio de Chihuahua, 2011.
- DOMECQ de Rodríguez, Brianda, “Teresa Urrea. La Santa de Cabora”, en *Memoria del VII Simposio de Historia de Sonora*, Hermosillo, Universidad de Sonora, 1982, pp. 214-251.
- ENRÍQUEZ Licón, Dora Elvia, “Mujer, letra y plegaria”, en *Las Mujeres protagonistas de la historia en Sonora*, t.1., Hermosillo, Instituto Sonorense de la Mujer, 2002, pp. 151-178.



- ESTADÍSTICAS SOCIALES DEL PORFIRIATO 1877-1910*, México, Secretaría de Economía. Dirección General de Estadística, 1956.
- FÉLIX Rosas, Hiram, *Cuando la muerte tuvo alas. La epidemia de fiebre amarilla en Hermosillo*, Sonora, El Colegio de Sonora/Universidad de Sonora, 2010.
- FERNÁNDEZ Aceves, María Teresa, “Los debates en torno a la historia de mujeres y la historia de género”, en María Teresa Fernández Aceves, Carmen Ramos, Susie Porter (coords.), México, CIESAS, 2006.
- GARCÍA Alva, F., *Álbum directorio del estado de Sonora*, Hermosillo, s.e., 1905-1907.
- GRACIDA Romo, Juan José, “Génesis y consolidación del porfiriatismo en Sonora”, en *Historia General de Sonora*, t. IV, Sonora, Gobierno del Estado de Sonora, 1997, pp. 19-74.
- GUERRA, Francois Xavier, “Territorio minado”, *Nexos*, núm. 65, mayo, 1983.
- HARDY, R. W. H., *Viajes por el interior de México en 1825, 1826, 1827 y 1828*, México, Trillas, 1997.
- IBERRI Carpena, Alfonso, *El viejo Guaymas*, Hermosillo, Sonora, s.e., 1982.
- LEJEUNE, Louis, *Tierras mexicanas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- MUÑOZ Fernández, Ángela, “La doncella guerrera encarnada en Juana de Arco (¿la subjetivación femenina de un tópico androcéntrico?)”, en Mary Nash, Susanna Tavera (eds.) *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*, Barcelona, Icaria, 2003.
- PEÑAFIEL, Antonio, *Censo General de la República Mexicana*, México, Secretaría de Fomento, 1897.
- QUIJADA Hernández, Armando, “Aspectos generales de Sonora al iniciar su vida como entidad federativa”, en *Historia*



- General de Sonora*, t. III, Sonora, Gobierno del Estado de Sonora, 1997.
- RAMOS Escandón, Carmen, “Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin del siglo mexicano, 1880-1910”, en *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio del siglo XIX-XX*, Ciudad de México, UNAM, 2001.
- ROBINSON, Thomas Warren. *Dust and Foam: or, Three Oceans and Two Continents*, (Horacio Vázquez Del Mercado Trad.), New York, Charles Scribner Press, 1858.
- SCOTT, Joan, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en *Género e Historia*, México, FCE-UACM, 2008.
- TINKER Salas, Miguel, *A la sombra de las águilas. Sonora y transformación de la frontera durante el Porfiriato*, México, FCE, 2010.
- TONELLA, María del Carmen, “Mujeres del norte: un estudio basado en testamentos sobre la presencia femenina en Ures, Sonora”, *Región y Sociedad*, Sonora, El Colegio de Sonora, núm. 21, 2001.
- TUÑÓN, Julia, “La paz porfiriana: en el vértigo del ‘progreso’, Entre los dos siglos”, en *Mujeres en México. Recordando una historia*, México, Conaculta-INAH, 2004.
- ULLOA, Pedro N., *El estado de Sonora y su situación económica al aproximarse el primer centenario de la independencia nacional*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1993.
- VANDERWOOD, Paul J., *Del púlpito a la trincheras. El levantamiento religioso de Tomochic*, México, Taurus, 2003.
- VAUGHAN, Mary Kay, *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas de México, 1930-1940*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- WARD, Henry George, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.



FUENTES CONSULTADAS EN LÍNEA

Fernand Braudel, “La larga duración”, *Revista Académica de Relaciones Internacionales* [en línea], Universidad Autónoma de Madrid, núm. 5, noviembre, 2006, España, (fecha de consulta: 6 de septiembre de 2011), URL: <http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/index.php?journal=Relaciones_Internacionales&page=issue&op=view&path%5B%5D=5>.

Jorge Chávez, “Las rudas y las bárbaras. Construcción del símbolo de la mujer nortea, la Adelita”, *Pacarina del Sur*, núm. 12, 2012 (fecha de consulta: agosto del 2012), URL: <<http://www.pacarinadelsur.com/home/mascaras-e-identidades/339-las-rudas-y-las-barbaras-construccion-del-simbolo-de-la-mujer-nortea-la-adelita>>.

Anne Pérotin-Dumon, “La historia de las mujeres”, *El género en la historia*, University of London. Institute for the Study of the Americas [en línea], Santiago de Chile, 2000, (fecha de consulta: 7 de abril de 2011), URL: <<http://americas.sas.ac.uk/publications/genero>> pp. 1-17.

